

En aquel lugar de la Mancha

Jerónimo López Mozo

Cuando niño viví en un lugar de la Mancha llamado Quintanar de la Orden. En él había una fábrica de chocolates que comercializaba la marca Dulcinea y el cine Cervantes, y, a las afueras del pueblo, la Venta de Don Quijote, en la que servían comidas y se celebraban bodas. Más allá, a menos de diez kilómetros, estaba El Toboso y algo más lejos, como a veinte, Mota del Cuervo, con sus molinos de viento. La vida en el pueblo transcurría en lugares parecidos a los de otros pueblos de la región, que aquí se llamaban la plaza de la Iglesia, la del Generalísimo, la de los Carros, Las cuatro Esquinas y el paseo de Colón. Por ellos transitaban gentes que bien pudieran ser descendientes de los vecinos de don Quijote, aunque yo, entonces, no lo supiera. Había un cura, don Agustín, que, no pudiendo hacer hoguera con ciertas películas que se daban los fines de semana, hacía cuanto estaba en sus manos para espantar a los espectadores, siendo famosa su decisión de excomulgar a los que osaran acudir a la proyección de Gilda. No faltaba un barbero, que atendía a sus clientes en sus propias casas, el cual, además, vendía libros usados, algunos de los cuales vinieron a mis manos, entre ellos uno de cuentos titulado Cuévano de aventuras, editado, si la memoria no me engaña, por Saturnino Calleja, y un Quijote para niños, que no recuerdo haber leído. Otro personaje ilustre era don Anselmo, el médico, que visitaba a los pacientes y les daba conversación mientras reparaba sus cuerpos enfermos. Y mi padre, que era el jefe de telégrafos. Tenía fama en toda la comarca un droguero llamado Leví, en cuya tienda se vendía de todo. También estaban la aguadora, que recorría Quintanar con un carro tirado por una mula vieja vendiendo cántaros de agua, de la que se abastecía en un manantial propiedad del señor Quilis, que era, como se decía entonces, el amo de medio pueblo; y los tratantes de ganado, casi todos gitanos; y los guardias civiles, con sus tricornios y sus mosquetones; las gentes del campo y no pocos pastores. Un día de verano, llegaron los del cine para rodar la película Don Quijote de la Mancha. Trabajaban por los alrededores y, a mediodía, hacían un alto y regresaban al pueblo y, sin quitarse el vestuario ni el maquillaje por no perder tiempo, se instalaban en el comedor del hotel Villa para almorzar. Así conocí en persona, antes que por la lectura de la obra de Cervantes, a sus personajes. Rafael Rivelles no era el actor que interpretaba a don Quijote, sino el mismísimo don

Quijote. Igual sucedía con Juan Calvo, que interpretaba a Sancho, con Sara Montiel, que era Dulcinea, y con todos aquellos buenos actores de entonces, entre los que recuerdo a Antonio Riquelme, Cándida Losada, Fernando Rey, Guillermo Marín, José María Seoane, Julia Caba Alba, Manolo Morán, María Asquerino y Milagros Leal. Cuando años después leí el libro, puse cara a cuantos personajes aparecen en él, y sigo haciéndolo siempre que lo releo. No sé por qué razón, a Sansón Carrasco, suelo ponerle la mía. Claro que cada vez voy pareciéndome menos al bachiller, pues él sigue plantado en los veinticuatro años y yo voy camino de los sesenta y tres.

El Lector

PERS ONAJES

EL LECTOR DEL QUIJOTE.

EL CURA.

MAESE NICOLÁS, *el barbero.*

TERESA PANZA.

EL AMA DE DON QUIJOTE.

ANTONIA QUIJANA, *la sobrina de Don Quijote.*

PEDRO ALONSO, *un vecino del pueblo llamado.*

TOMÉ CECIAL, *otro vecino.*

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA/EL
BACHILLER SANSÓN CARRASCO

Sobre una pequeña mesa, a un lado del escenario, descansa un ejemplar del Quijote. El LECTOR lo toma en sus manos, se sienta en una silla, le abre por la primera página y lee en voz alta.

LECTOR.- Capítulo primero, que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha. **(Alzando la vista del libro, continúa de memoria.)** En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. **(Hace una pausa.)** Una ama que pasaba de los cuarenta, una sobrina... y el mozo. Un mozo sin nombre, al que sólo se le cita una vez, al principio, quizás porque Cervantes luego se olvidó de él. Tampoco sabemos con cuál bautizaron al ama, a pesar de lo mucho que le cuidaba cuando volvía molido y quebrantado a su cuartel, y de los buenos consejos que la mujer le daba sobre lo que le convenía hacer. «Estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres», le decía. Justo es decir que la recompensó en su testamento, pues dispuso que se le pagara el salario que le debía del tiempo que le había servido y se le dieran veinte ducados para un vestido. También ignoramos los nombres de pila o los mote de otros personajes de esta historia. En esa galería de seres anónimos a punto estuvo de figurar la sobrina, si a última hora, a cuatro páginas del final, Cervantes no la hubiera puesto gracia y apellido: Antonia Quijana. Cristianados o no, lo cierto es que unos y otros son personajes secundarios. Ni siquiera se libran de esa condición los que tienen más carne, que es como se denomina en el mundo de la farándula a aquellos que, no siendo los protagonistas, resultan atractivos para el público. Hablando de la farándula, todo esto viene cuento porque el autor del juego al que ustedes asisten, que tiene, como ya habrán advertido, forma de representación teatral, quiere evitar una nueva resurrección escénica de Don Quijote y Sancho. Es consciente de que ya se han producido muchas, no siempre para bien, todo hay que decirlo, y que, si Dios no lo remedia, aun saldrán muchas más veces de las páginas de

este libro para, metidos en la piel de nombrados y menos nombrados actores, exhibirse en mil escenarios y en las pantallas de televisión y cine de medio mundo. Así, pues, ha convocado para esta función, y yo cumplo gustosamente su deseo, a esos personajes menores con el ánimo de darles, sea al menos por un día, el protagonismo que se merecen. **(Volviéndose hacia las cajas.)** ¡Vengan acá, que ya empezamos! **(Nadie sale.)** ¿No me han oído? ¿Qué sucede? **(El Lector cierra el libro y se dirige a un lateral.)** ¡El público está esperando!

**(Por entre bastidores asoma tímidamente MAESE
NICOLÁS, el barbero.)**

LECTOR.- ¿Qué hace ahí? ¿Y los demás? ¡A escena!

BARBERO.- ¿A escena sin don Alonso y Sancho? Bonito papel el nuestro. ¿Qué podemos hacer sin ellos?

LECTOR.- Va siendo hora de que dejemos reposar en su sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote. En cuanto a Sancho...

**(Al escuchar el nombre del escudero, sale muy decidida
TERESA PANZA.)**

TERESA PANZA.- Yo, sin Sancho, no voy a parte alguna.

BARBERO.- En cambio, bien te dejó él en casa mientras andaba por esos mundos de Dios.

TERESA PANZA.- Nos mandábamos cartas.

CURA.- (Saliendo a escena.) No es lo mismo, Teresa. Además, sólo recibiste una en todo el tiempo que duró su ausencia, y una le mandaste tú. No hubo más correspondencia.

TERESA PANZA.- Es verdad, pero las cartas fueron muy largas.

CURA.- Sigue sin ser lo mismo.

TERESA PANZA.- Pues nos decíamos más que cuando estábamos juntos. **(Al LECTOR, por el libro.)** Ahí debe estar la de mi marido, que es bien jugosa. ¿Podría leérsela al señor cura?

LECTOR.- Por supuesto.

(Mientras busca la página en la que figura la carta e inicia la lectura, van saliendo EL AMA DE DON QUIJOTE, su sobrina ANTONIA y dos vecinos del pueblo llamados PEDRO ALONSO y TOMÉ CECIAL.)

LECTOR.- Aquí está. **(Leyendo.)** «Si buenos azotes me daban...»

TERESA PANZA.- Un poco más abajo. Donde pone: «Has de saber, Teresa...»

LECTOR.- «Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace el caso; porque todo otro andar es andar a gatas. Mujer de un gobernador eres; ¡mira si te roerá nadie los zancajos! Ahí te envió un vestido verde de cazador, que de dio mi señora la duquesa; acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos a nuestra hija. Don Quijote, mi amo, según he oído decir en esta tierra es un loco cuerdo y un mentecato gracioso...»

TERESA PANZA.- No siga, que de lo que viene ahora, me rogó que no dijera nada a nadie, y yo cumplo lo que manda. Lo que quiero es que el señor cura sepa lo que le contesté. **(El LECTOR se dispone a buscar la carta.)** No la busque, que me la sé de memoria. **(La recita.)** «Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano: cuando yo llegué a oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen que así mata la alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. El vestido que me enviaste tenía delante, y los corales que me envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí presente, y, con todo eso, creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que tocaba; porque ¿quién podía pensar que un pastor de cabras había de venir a ser gobernador de ínsulas?» **(Suspira largo.)** Lo de la ínsula quedó en agua de borrajas y, si al final sólo recibió de don Alonso algunos dineros que poco provecho le han hecho, no ha sido pequeño que le tenga a mi lado, y con eso me conformó.

SOBRINA.- Haces bien en querer estar junto a tu marido y disfrutarle. A mi también me gustaría, si lo tuviera. Pero ni lo tengo, ni me parece que lo tendré.

TERESA PANZA.- Pretendientes no te han faltado.

SOBRINA.- Y con más de uno me hubiera casado si hubiera estado segura de que ignoraba qué cosas son libros de caballerías, pero ni lo estaba, ni sabía como averiguarlo y, ante la duda y por no contrariar el deseo de mi tío Alonso de que no me desposara con algún entendido en esa materia, he renunciado.

TERESA PANZA.- Bien hecho, que muy claro dejó dicho el finado que, si dieras tal paso, perderías todo lo que te dejó en herencia.

AMA.- Lo peor de todo, no es eso. Lo peor es que nosotras perdimos a don Alonso sin llegar a disfrutar de su recuperada cordura y nuestras vidas se consumen yendo y viniendo de casa al cementerio y del cementerio a casa, llorando su ausencia y rezando por su alma. Vete a tu casa en buena hora, Teresa, que a ti te espera alguien y a nosotras, en la nuestra, nadie. Aquí hemos de sentirnos a gusto, entre gente que conoció a mi señor, aunque no sé que pinta en este conclave Tomé Cecial.

TOMÉ.- Yo estoy en ese libro, menos veces que tú, pero estoy, como a su tiempo se verá.

AMA.- (AI LECTOR.) ¿Tiene razón Tomé?

LECTOR.- La tiene.

AMA.- Quédate en buena hora, Tomé, si este caballero lo aprueba, pues, aunque no sabemos quién es, ya vemos que siente afecto por don Alonso, y eso es suficiente para tenerle confianza.

SOBRINA.- (AI LECTOR.) Conque cuente con nosotras para lo que mande.

LECTOR.- Mandar, no mando nada. Mi misión era traerlos hasta aquí y, según me parece, la he cumplido. Si faltase alguno, cuando llegue será bien recibido. Lo que siga, lo deciden ustedes.

TERESA PANZA.- Yo decido lo que tengo dicho. Me vuelvo con mi marido, que ya me estará echando de menos.

(Sale TERESA.)

AMA.- (En voz baja.) Que alivio. Con ella me pasa lo que con su marido. Le aborrezco tanto que, cuando le veo, corro a esconderme.

LECTOR.- (Cerrando el libro y dejándolo sobre la mesa.) ¿Ha dicho?

AMA.- Hablaba sola.

SOBRINA.- Tiene razón el ama cuando dice que no hemos disfrutado la vejez de mi señor tío, y yo he de añadir que ni siquiera nos queda el consuelo de recordar cosas de su vida, pues, desde que se le secó el cerebro y se echó a viajar por el mundo, las más importantes le sucedieron de puertas afuera de la casa. Bien nos gustaría que quienes fueron testigos dellas, nos las contasen y, si son buenas, tanto mejor, que así, tal vez, consigamos quitarnos de la cabeza la mala estampa que ofrecía cada vez que volvía maltrecho.

VECINO.- ¡Dios, la que lucía cuando yo le traje después de su primera salida, no podía ser peor! Pero temo, señoras, que si cuento como le hallé, no sentirán ningún alivio. Venía yo de llevar una carga de trigo al molino cuando le vi tendido en medio del campo. Andaba revolcándose en la tierra, mezclando ayes con recitados de romances. Al verme, me tomo por el marqués de Mantua, vayan a saber por qué. Algo más tardé en averiguar quien era él. Hube de quitarle la visera, que estaba hecha pedazos, y limpiarle el rostro, que le tenía cubierto de polvo, para reconocerle. «Señor Quijana, ¿quién ha puesto a vuestra merced de esta suerte?», le pregunté. Me respondió con más romances. Viendo aquello, le quité lo mejor que pude el peto y espaldar, por ver si tenía alguna herida, y como no vi sangre ni señal alguna, le levanté del suelo, y con no poco trabajo le subí sobre mi jumento, que estaba más sosegado que su caballería. Recogí las armas, hasta las astillas de la lanza, y lielas sobre Rocinante. Tomé las riendas de uno y el cabestro del otro y me encaminé hacia el pueblo. El pobre don Alonso, que de puro molido y quebrantado no se podía tener sobre el borrico, no paraba de decir disparates y de dar tales suspiros que los ponía en el cielo. Cuando llegamos al pueblo, anochecía, pero no entramos enseguida en él, sino que aguardé a que fuera más noche porque no viesen a un hidalgo en tal estado y a lomos de un asno. Lo que siguió, lo conocen.

SOBRINA.- ¡Ay! Calla, Pedro, que no quiero acordarme de lo que vimos.

AMA.- Y eso que la aventura había durado sólo tres días.

VECINO.- ¿Acaso fue mejor verle entrar en la aldea un domingo por la mitad de plaza a plena luz del día encerrado en una jaula acomodada en un carro tirado por bueyes perezosos? ¿No se recuerdan de lo flaco y amarillo que

estaba? Iba tan en silencio y tan paciente como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra.

AMA.- Tirado sobre el montón de heno, parecía un muerto.

SOBRINA.- ¡Pobre! Cuando le llevamos a la alcoba, daba pena verle desnudo en el lecho, mirándonos con ojos atravesados, sin acabar de entender en qué parte estaba.

AMA.- ¿Los ojos atravesados? ¡Hundidos en los últimos camaranchones del cerebro! Para volverle algún tanto en sí, gaste más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

CURA.- Señores, y yo fui el trazador de esa idea para traerle a casa y puse buen cuidado en que don Alonso no sufriera. Y doy fe de que, si sufrió, no fue por mi causa, ni por la de maese Nicolás, que me acompañaba y algo tuvo que ver en el invento; y si alguien lo duda, pregúntenle a él, que puede contar con pelos y señales lo que quieren saber.

BARBERO.- Digo, para empezar, que pusimos de nuestra parte cuanto sirviera para que el regreso le fuera agradable. Si la comitiva llegó aquí algo descompuesta y don Alonso con el hombro molido, cuando emprendió el camino era digna de admiración. Iba primero el carro, guiándole su dueño; a los dos lados, unos cuadrilleros con sus escopetas, con los que se había concertado darles un tanto cada día; seguía luego Sancho, sobre su asno enalbardado, llevando de rienda a Rocinante, que iba ensillado, con la adarga colgada de un cabo del arzón y la bacía del otro; detrás de todo esto íbamos montados en nuestras mulas el cura y yo, cubiertos los rostros con antifaces porque no fuésemos reconocidos.

SOBRINA.- (**Ahogando un sollozo.**) Pero mi tío venía atado de pies y manos.

CURA.- No hubo otro remedio que hacerlo para que no pudiera menearse y estorbar que le metiéramos en la jaula, pero antes de que saliera de su asombro por verse en tal estado, maese Nicolás, oculto a su vista, dijo con voz temerosa...

(Mientras EL BARBERO carraspea para encontrar el acento adecuado, el LECTOR sale discretamente de escena y deja solos a los personajes.)

BARBERO.- ¡Oh, Caballero de la Triste Figura! No te decongoja la prisión en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso.

La cual se acabará cuando el furibundo león manchado con la blanca paloma tobosina yacieren juntos, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco; de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros, que imitarán las rampantes garras del valeroso padre. Y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa haga dos veces la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y porque no me es lícito decir otra cosa, a Dios quedad; que yo me vuelvo adonde yo me sé.

CURA.- Con lo cual quedó Don Alonso consolado, pues entendió a la perfección la profecía.

(AMA y SOBRINA escuchan atentas por ver si ahora entienden algo de lo que han oído y parece que así es por los gestos de asentimiento con que acompañan las palabras del CURA. Y también escucha TERESA PANZA, que ha regresado tan discretamente que nadie advierte su presencia.)

CURA.- Coligió de todo en todo lo que significaba, y vio que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y con ese piadoso engaño tuvo por gloria las penas de aquella cárcel y, el haz de heno, por cama blanda y tálamo dichoso.

BARBERO.- Lástima fue que, por atender ciertas razones que nos dio Sancho para sacarle de la jaula por un rato, resultara un tanto accidentado el viaje.

CURA.- «Si no le dejan salir, no irá tan limpia la prisión como requiere la decencia de un caballero como mi amo», dijo el criado. Y como viera que yo dudaba, pues temía que se fugara y se fuera donde jamás gentes le viesen, añadió que lo decía en provecho de todos, pues tarde o temprano le vendrían ganas de hacer lo que no se excusa, fueran aguas mayores o menores, y cuando tal sucediera el olfato sería el primero en saberlo. Fue desenjaularle y llegar los quebraderos de cabeza. En cuanto estuvo libre, lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y, en vez de correr a aliviarse, se fue donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, le dijo: «Flor y espejo de los caballos, presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú, con tu señor a cuestas; y yo, encima de ti, ejercitando el oficio para el que Dios me echó al mundo». Y yo me puse a temblar temiendo que empezara a

hacer de las suyas. La primera fue sonada. Un cabrero, al que encontramos cuando hicimos un alto en el camino para comer a la sombra de unos árboles, tuvo la mala ocurrencia de decirle que tenía vacíos los aposentos de la cabeza. Don Alonso le llamó grandísimo bellaco y le respondió que él era el vacío y el menguado. Y más cosas.

BARBERO.- Dígalas, señor cura.

CURA.- Excúsenme de repetir sus palabras.

BARBERO.- Lo haré yo con su licencia. Le soltó don Alonso que él estaba más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que le parió. Y en diciendo eso, pasó de las palabras a los hechos. Arrebató de un pan que junto a sí tenía, y dio con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; más el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener respeto ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estábamos, saltó sobre don Alonso, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara en ahogarle, si Sancho no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Alonso, que se vio libre, acudió a subirse sobre el cabrero; el cual, lleno de sangre el rostro, molido a coces de Sancho, andaba buscando a gatas algún cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza. Intentamos los demás estorbar sus propósitos, pero yo lo hice de suerte que el cabrero cogió debajo de sí a don Alonso, sobre el cual cayó tanto número de mojicones, que del rostro del pobre llovía tanta sangre como del otro.

TERESA.- Así fue como me lo contó mi marido, aunque no me parece que dijera que cocease a nadie.

AMA.- (Con desagrado.) ¿No te habías ido, Teresa?

TERESA.- Me he ido y he vuelto. Dice Sancho que si su nombre va a estar en boca de todos, estoy mejor aquí que a su lado, y que no tenga tristeza de dejarle solo, que lo que importa es escuchar lo que vuestas mercedes dicen y cuidar de que lo que le toca a él se ajuste a la verdad, no sea que su fama quede en entredicho.

CURA.- Puede estar tranquilo tu marido, que nadie tiene intención de ofenderle, ni de decir una cosa por otra, como verás. (Al BARBERO.) Decía, maese Nicolás...

BARBERO.- No habíamos salido de aquella, cuando la mala ventura quiso que por allí pasaran muchos hombres vestidos de blanco, a modo disciplinantes.

CURA.- Era el caso que las nubes habían negado su rocío a la tierra y, como es costumbre, la gente de una aldea que allí junto estaba venía en procesión a una ermita pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese. Don Alonso, que vio los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que a él solo tocaba como a caballero andante, el acometerla.

AMA.- ¿No pudieron vuestas mercedes impedirlo?

BARBERO.- A nadie hizo caso. Se le metió entre ceja y ceja que una imagen de la Virgen que llevaban sobre una peana era alguna principal señora que habían privado de libertad por la fuerza aquellos follones y descomedidos mandrines.

CURA.- Tal parecía que llevase en el pecho algunos demonios que le incitaban a ir contra nuestra fe católica.

BARBERO.- Antes de que alcanzáramos a detenerle, arremetió con gran ligereza a Rocinante, que paciendo andaba, quitó del arzón el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó. Luego tomó la espada, subió sobre el caballo, dijo en voz alta no sé que de damas cautivas y de la andante caballería, apretó los muslos al caballo, porque espuelas no las tenía, y a todo galope, porque carrera tirada jamás la dio Rocinante, se fue a encontrar a los ensabanados. Cruzó con ellos palabras que desde donde estábamos no oímos, pero las que pronunció don Alonso debieron parecerles graciosas, porque tomáronse los otros a reír muy de gana; cuya risa fue poner pólvora a la cólera de don Alonso, porque sin decir más, sacando la espada arremetió a las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de don Alonso, enarbolando una horquilla de las que sustentan las andas cuando se descansa; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró don Alonso, con que se la hizo dos partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dio tal golpe a don Alonso encima de un hombro que el pobre vino al suelo muy mal parado. Si su moledor no le dio más palos fue porque, viendo que no bullía pie ni mano, creyó que le había muerto y dio a huir como un gamo por la campaña con la túnica alzada a la cinta.

SOBRINA.- Dejen de contar desgracias, que con estas tenemos bastantes.

CURA.- Tranquilícese, Antonia, que no hubo más. Cuando su tío revivió, viendo que tenía el hombro hecho pedazos y considerando que no estaba para oprimir la silla de Rocinante, pidió que le pusiéramos en el carro. El boyero,

para aliviarle el dolor, le acomodó sobre un haz de heno y así seguimos el camino. Teniendo por sensato el consejo de Sancho de dejar pasar el mal influjo de las estrellas se avino a volver a casa para, una vez en ella y repuesto, dar orden de hacer otra salida que le fuera de más provecho y fama.

BARBERO.- Nunca creí que lo intentara después de tanto escarmiento.

AMA.- Nosotras, en cambio, quedamos confusas y temerosas de que habíamos de vernos sin él en el mismo punto que tuviera alguna mejoría.

SOBRINA.- Y sí fue como nos lo imaginamos.

CURA.- Bien les advertí que estuvieran alerta de que otra vez no se les escapase.

AMA.- No pudimos evitarlo y eso que tuvimos gran cuenta con regalarle, como vuestra merced nos encargó que hiciéramos. Luego vino lo del señor Sansón Carrasco. Como era amigo reciente de mi señor y muy bien hablado, creímos que podría persuadirle a que dejase el desvariado propósito de salir por la tercera vez a buscar por ese mundo lo que llamaba venturas, que yo no podía entender como les daba ese nombre.

SOBRINA.- ¡Ni lo intentó! Cuente, cuente...

AMA.- ¡Ay!

SOBRINA.- Cuente que cuando fue a buscarle para solicitar su ayuda y le dijo que mi tío se salía, él respondió «¿Por dónde se sale? ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo?»

AMA.- ¡Ay! Hube de explicarle que no se salía sino por la puerta de su locura.

TOMÉ.- ¿No dicen que es bachiller por Salamanca?

AMA.- Lo es, pero allí no le enseñaron a ver por tela de cedazo. Por las pocas luces que mostraba, más parecía que fuera graduado en cánones por Osuna.

TOMÉ.- ¿Tan poco enseñan allí?

AMA.- Uno que estuvo, decía que menos de nada.

SOBRINA.- Cuente, ama, que luego le recomendó que rezara la oración de Santa Apolonia, como si lo que hubiera que remediar fuera un dolor de muelas y no de los cascos.

AMA.- ¡Ay!

SOBRINA.- ¿No dirá lo qué le respondió?

AMA.- Que me fuera en buena hora a mi casa, que él sabía lo que decía y no había más que bachillear.

SOBRINA.- En mala hora fue a buscarle. Al cabo, su consejo fue que dejáramos ir en paz a mi tío. «Antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino. No tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valerosos brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque con su tardanza defraudará el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas», le dijo. Y por si mi tío necesitara más ánimos, le llamó flor de la andante caballería, luz resplandeciente de las armas, honor y espejo de la nación española, y aún añadió que era determinación precisa de las esferas que volviera a ejecutar sus altos y nuevos pensamientos.

AMA.- Y todavía le ofreció una celada de encaje que tenía un amigo suyo.

VECINO.- Yo la vi. Estaba más oscura por el orín y el moho que clara y limpia.

SOBRINA.- ¿Quién pudo extrañarse de que no tuvieran cuento las maldiciones que le echamos?

CURA.- He de decir que el designio que tuvo el bachiller Sansón Carrasco para persuadir a don Alonso a que saliera otra vez...

SOBRINA.- No le defienda, no sea que hayamos de pensar que vuestra merced tuvo algo que ver en el asunto.

BARBERO.- Debiera escuchar lo que dice el cura, Antonia Quijana.

SOBRINA.- ¿También entró en bureo con el bachiller, maese Nicolas?

AMA.- Si Sansón Carrasco tuviera la conciencia tranquila estaría aquí y no andaría escondiéndose de nosotras.

CURA.- Convengamos en que fue el más plácido de los regresos.

TERESA PANZA.- No para mi Sancho, que venía andando y con los pies maltrechos. No tenía tan buen aliño como yo pensaba que había de estar un gobernador. El rucio lucía mejor. Estaba más galán que Mingo. Venía cubierto con una túnica negra de bocací toda pintada con llamas de fuego y en la cabeza traía un cucurucho de cartón lleno de diablos.

VECINO.- Jamás se ha visto un jumento así en el mundo.

SOBRINA.- Mira, Teresa, que mi tío no vino mucho mejor que tu Sancho. Parecía sano por fuera, pero por dentro no estaba muy bueno, que nada más entrar en la casa pidió que le lleváramos al lecho, y ya ves lo pronto que le llegó su fin y acabamiento.

AMA.- Y tampoco regresó mejor de los cascos que cuando se fue. Si salió de caballero andante, vino queriendo ser pastor.

CURA.- Dijo que compraría algunas ovejas y todas las demás cosas que son necesarias al pastoral ejercicio y que se andaría por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, regalándose los oídos con gaitas zamoranas, tamborines, sonajas y rabeles, y quería que sus amigos nos fuéramos con él.

BARBERO.- Hasta nos tenía bautizados. Él se había de llamar el pastor Quijotiz y yo el pastor Miculoso.

CURA.- A mi me llamó Curambro, porque decía que era un derivativo de mi nombre.

TERESA PANZA.- A Sancho le puso pastor Pancino, no sé por qué.

VECINO.- Lo que yo no sé es por qué don Alonso entró esta vez en la aldea por su pie y con tanta prisa.

CURA.- Venía contento sobremodo, pues, aunque vencido de los brazos ajenos, se sentía vencedor de sí mismo.

VECINO.- ¿Qué brazos ajenos son esos de los que habla?

CURA.- Excusado estás de no saberlo, pues el relato de don Alonso no es sabido de todos, sino de los que le tratábamos de cerca. Una mañana, saliendo a pasearse por la playa de Barcelona armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vio venir hacia él un caballero...

(Fuera se oyen pasos y, al punto, entra un caballero armado de punta en blanco, que trae pintado en el escudo una luna resplandeciente.)

CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- Yo soy ese caballero y ruego a vuestras mercedes que me den licencia para contarles lo que sucedió en aquella playa.

CURA.- ¿Quién mejor?

VECINO.- Eso creo yo muy bien.

BARBERO.- Ya está tardando.

CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- (Arrogante.) Cuando llegué a trecho que podía ser oído, en altas voces dije: «Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quién fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad si tú la confiesas de llano en llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y te retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará a tu disposición mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará a la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego». Quedose suspenso y atónito don Quijote y después de algunas consideraciones que no hacen al caso, aceptó el desafío. Me dio a elegir la parte del campo que yo quisiere y él hizo lo mismo, al tiempo que se encomendaba al cielo de todo corazón y a su Dulcinea, como tenía costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían. Hecho lo cual, dijo que a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendijera. Sin tocar trompetas, ni otro instrumento bélico que nos diese señal de arremeter, volvimos ambos a un mesmo punto las riendas a nuestros caballos; y como era más ligero el mío, llegué a don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y, aunque levanté la lanza a propósito por no tocarle con ella, le encontré con tan poderosa fuerza que di con Rocinante y con don Quijote por el suelo. Fui luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dije: «Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío». Molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma respondió que Dulcinea del Toboso era la más hermosa mujer del mundo, y él el más desdichado caballero de la tierra, y que no era bien que su flaqueza defraudase esa verdad. Y me pidió que apretara la lanza y le quitase la vida, pues le había quitado la honra. A su respuesta, siguió la mía. «Eso no haré yo, por cierto. Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora

Dulcinea, que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuera mandado», lo cual prometió que cumpliría como caballero puntual y verdadero. Así, desarmado y de camino, partió don Quijote de Barcelona diciendo, según cuentan los que le oyeron: «¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas, aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse!».

(Excepto el CURA y el BARBERO, que parecen estar de vuelta de todo, los demás han escuchado boquiabiertos el relato del CABALLERO DE LA BLANCA LUNA, y la SOBRINA y el AMA con abundancia de lágrimas de tanta pena que sienten imaginando el sufrimiento pasado por don Alonso en semejante trance.)

TOMÉ.- Vuesa merced fue más afortunado que el Caballero de los Espejos, al que serví como escudero.

TERESA PANZA.- ¿Tú también fuiste escudero?

AMA.- Bien callado lo tenías.

TOMÉ.- No era cosa de pregonarlo, que poca gloria tuve y ninguna ganancia.

VECINO.- ¿Cómo diste en ese oficio teniendo tan pocas entendederas?

TOMÉ.- Por ser como mi vecino y compadre Sancho Panza, que, con perdón, no las tiene mucho mayores.

TERESA PANZA.- Sí es de lucios cascos, si te refieres a eso.

SOBRINA.- ¿Tan fácil te fue encontrar caballero que te cogiera a tu servicio?

TOMÉ.- No tuve que salir de aquí.

SOBRINA.- Ahora descubriremos que nuestra aldea es cuna de caballeros.

TOMÉ.- No sé si debo decir quién era mi señor.

CURA.- Habiendo pasado ya todo, puedes.

TOMÉ.- Pues mi señor no era caballero, sino bachiller.

AMA.- ¡Santa María y valme! ¡Sansón Carrasco!

BARBERO.- El mismo que viste y calza.

AMA.- ¡Si Bartolomé Carrasco, su padre, levantara la cabeza! ¿Qué tiene que ver en esta historia?

CURA.- La cosa es que el bachiller aconsejó a don Alonso que volviese a seguir sus dejadas caballerías porque parecía imposible reducirle a que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras. Maese Nicolás, Sansón y yo convinimos en secreto que el bachiller le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor; y así vencido don Alonso, le habría de mandar se volviese a su pueblo y casa y no saliese della.

TOMÉ.- Si eso era lo tramado, la realidad fue otra. **(Sacándose de la faltriquera unas narices postizas.)** Iba yo con estas narices puestas para que no se me reconociera y el bachiller hecho un lucero galán y vistoso, con una casaca sobre las armas de una tela de oro finísimo sembrada de muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; y la lanza, era grandísima y gruesa, de un hierro acerado de más de un palmo. Se prepararon ambos para el encuentro y no sé que embarazo tuvo el Caballero de los Espejos con su lanza, que o no acertó o no tuvo lugar de ponerla en ristre, que don Quijote topó con él con no vista furia, haciéndole venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que, sin mover pie ni mano, dio señales de que estaba muerto. Cuando volvió en sí, y después de algunas escaramuzas, buscamos a un algebrista que le pusiera empastos y le entablara las costillas.

AMA.- A eso llaman ir por lana y salir trasquilado.

TOMÉ.- Es la verdad, que con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más de las veces se sale della.

AMA.- Tuvo su merecido.

TOMÉ.- Y yo por querer hacerme su escudero. Así que viendo cuán mal había logrado mis deseos y el mal paradero que había tenido mi camino, decidí volverme a mi casa. Allí dejé al señor Sansón imaginando su venganza y yo emprendí mi jornada razonando para mis adentros que si don Alonso era el loco y nosotros los cuerdos, no se explicaba que él quedase sano y riendo y nosotros molidos y tristes.

CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- Si hubieras seguido a tu señor, habrías sido testigo de mi proeza, y podrías contarla como yo lo hago.

TOMÉ.- No adivino de que manera podría ser estar sirviendo al bachiller Sansón Carrasco y asistir al mismo tiempo a la proeza de vuestra merced, o al milagro, que milagro de fama fue mandar a don Alonso de vuelta al redil sin que el pobre rechistara.

CABALLERO DE LA BLANCA LUNA.- (Se quita el yelmo y, bajo él, aparece el rostro del BACHILLER.) Advierte Tomé Cecial que el Caballero de los Espejos, el de la Blanca Luna y Sansón Carrasco somos tres en uno. Mal hiciste en dejarme sólo. Si no lo hubieras llevado a cabo, hoy tu fama y tu riqueza no tendrían que envidiar a las de Sancho Panza, que él las tuvo por ser fiel a don Quijote en la hora buena y en la mala.

VECINO.- (A TOMÉ, en voz baja) Lo de la fama lo acepto; lo otro es una sandez, que volvió muy bien azotado y no muy rico.

SOBRINA.- Le ruego señor Sansón que, si mientras venía, le han zumbado los oídos por ciertos reproches que el ama y yo le hemos hecho, que los olvide y nos perdone. Ahora pienso que si mi tío volvió a reducirse en su casa, se lo debemos a vuesa merced, que le devolvió la cordura hasta dónde se le puede volver a un loco de remate. No es su culpa que luego quisiera meterse en nuevos laberintos haciéndose pastorcillo, tú que vienes, pastorcillo, tú que vas, como el del villancico. Si al ama le parece bien, con gusto le invitaré a hacer penitencia en nuestra casa para seguir la plática.

BACHILLER.- Digo que con gusto acepto compartir su mesa.

SOBRINA.- Y los demás, si quieren, únanse al almuerzo.

AMA.- ¡Cuitada de mí! No esperen encontrar un novillo con el vientre lleno de tiernos y pequeños lechones espetado en un asador, ni carneros enteros, ni siquiera liebres o gallinas o gansos, que no hay en la casa despensa para tanto condumio, ni en la cocina calderos, ni ollas grandes como tinajas, ni más cocinera que yo.

CURA.- ¿Quién le pide que nos prepare un banquete como el de las bodas de Camacho, ni que haga rancho para sustentar un ejército?

BARBERO.- Ponga lo que haya de comer, que una cosa es aliviar el hambre y otra llenar el baúl.

CURA.- Basta con que añada al ordinario un par de pichones.

AMA.- Hoy, como es viernes, toca lantejas. Pondré no dos, sino tres pichones y aún haré, porque la ocasión lo pide, algunas frutas de sartén y unos torreznos asados.

BACHILLER.- Váyase señora ama a su casa y aderece sin demora esas maravillas, y, sin tanta prisa, síganla vuestras mercedes, que yo lo haré luego.

(Van saliendo todos, excepto el BACHILLER. Cuando queda sólo, se desprende del vestuario y de la peluca y reconocemos al LECTOR. Vuelve a su asiento, coge el libro y busca el último capítulo.)

LECTOR.- (Leyendo pausadamente.) Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama. **(Alza la vista del libro.)** Le visitó el médico, le tomó el pulso y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Le confesó el cura. Hizo testamento y todavía vivió tres días. Estaba la casa alborotada, pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo borra o templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. **(Retoma la lectura.)** En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallose el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió. **(Cierra el libro.)** Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha. Vale.